

SUSCRICION.**MURCIA.**

Pago adelantado.

Un trimestre ó sean nueve números, 2 pesetas.

FUERA.

Suscripcion directa, un trimestre 2 pesetas: por conducto de comisionados, 2 pesetas 50 céntimos.

Núm.º suelto 25 cents.

**REGALOS**

de libros en todos los sorteos de la lotería nacional.

OFICINAS

calle de Zoco, núm. 5.

Las suscripciones de trimestre se norman para finalizar por los del año.

EL CHOCOLATE.

REVISTA DE LITERATURA, MODAS Y PASATIEMPOS.

LOS PIES.

Un artículo sobre las manos nos lleva como de la mano á otro sobre los pies. Y no han de sufrir estos seguramente en la comparación; que títulos presentan para merecer distincion tan honrosa y aun acaso para elevarse muchos pies sobre aquellas; cosa extraña en verdad y paradójica, pero que dejará de parecernos tal recordando el ejemplo de los volatineros cuando andan con las patas arriba.

¿En qué pueden fundar las manos, literariamente considerada la cuestion, su superioridad sobre los pies? Si hay hombres largos de manos hay tambien toros de muchos pies, á la célebre mano de gato pueden oponerse los famosos pies de plomo, y mas que tener buena mano vale caer en gracia ó caer de pié

Además, el recuerdo de los pies métricos y de los pies quebrados y frzados les daría derecho á un lugar en una revista literaria.

No son, pues, los pies solo para tirados por los suelos, y nadie ha de extrañar que nosotros tomemos de ellos pié para matar el tiempo con el presente articulejo.

Matar el tiempo?... Mal he dicho; no es el tiempo cosa que se mata así como se quiere, y están los tiempos que corren bastante revueltos, y es mi carácter demasiado pacífico y bondadoso, para que yo tenga deseos de meterme con nadie.

Salirme, por el contrario, de las redes

que tienden unos pies diminutos, apretados y llenos, que pisan leve cuando andan como pájaros ó que se descubren con coqueteria bajo la fimbria de una falda de raso, presos entre unas botas imperiales, es lo que yo quisiera en ocasiones. Hay entonces en ellos cierto inexplicable activo, una elocuencia muda tan persuasiva que casi siempre acaba uno por decirles entre dientes:—Si, señor, si, somos de la misma opinion.

Y que existe en los pies esa elocuencia muda, como existe la fascinacion en la serpiente, como existe el candor en la risa del niño, no hay necesidad de probarlo; basta recordar las apogias que los bailarines hacen á cada paso de su arte, al cual atribuyen, en su entusiasmo, tanta expresion por lo menos como á una ópera de Meyerbeer; basta recordar esos coloquios amorosos sostenidos con los pies por debajo de una mesa, cuyas palabras son una serie de descargas eléctricas producidas por el choque de dos electricidades encontradas; basta recordar que hay cosas escritas con los piés, lo cual si no da una buena idea de lo escrito, habla muy alto en favor de mis apadrinados; y en fin, tal es la abundancia de datos con que pudiera confirmar lo dicho, que ni siquiera traigo á colacion esos pisotones dados tan á tiempo sobre un ojo de pollo, en que el pié contundidor habla al otro con una elocuencia mas contundente que la del mismísimo Demostenes.

Solo que esta elocuencia, como todas las

manifestaciones literarias y artísticas, varia según la diferente influencia de los climas y de los países; así, en el Norte suele ser fría y de pocas palabras, en las italianas dulce como los versos de sus poetas, en las españolas picante como las guindillas y el sol de Andalucía, en las gallegas y asturianas pesada y machacosa, y en las francesas juanetuda y de pocas pantorrillas.

Es decir, que así como una pequeña colección de florecillas basta para recordarnos las flores diferentes, pudieran también los pies servir para indicarnos los diferentes países.

Y he aquí cómo por sí solas van saliendo sus excelencias.

Estas son tantas que no nos extrañan los extremos de aquel personaje de zarzuela que bajaba de Cádiz al puerto de un salto, sólo por verle la punta del pie á su adorado tormento.

Los naturalistas, comprendiendo también su importancia, aunque no bajo el punto de vista erótico que el personaje de zarzuela, han tomado del pie pie para una serie de agrupaciones, tanto más importantes, cuanto que vienen á ser la clave del complicado organismo de su ciencia.

De aquí esas clasificaciones de los animales en *bípedos*, *cuadrúpedos*, *o falópodos*, *circópodos*, *braquiópodos* etc. y sabe Dios cuantas más.—Ninguna, sin embargo, habla de *trípodos*, y eso que algunos no cesan de buscar *tres pies* al gato.

El hombre, que es un animal (no se asusten ustedes) *bípedo*, no se diferencia del caballo y del burro, *verbi gracia*, según aquellas clasificaciones, más que por andar en dos pies. A muchos parecerá ofensivo á la dignidad humana colocarnos á tan corta distancia de los brutos; sin embargo, todo es relativo; en cambio otros objetarán que hay hombres que solo tienen de hombres lo animales y que no andan á cuatro pies por misericordia divina. Por estos, sin duda, se dice *«calzarse los guantes»*, porque hay manos que parecen pies.

Este aprecio que los naturalistas hacen de los pies, debería bastarnos y aun sobrar-nos para confesar su importancia bajo el punto de vista de la ciencia, pero si aun quisiéramos ver cuanta es aquella en las necesidades de la vida, es decir, *sobre el terreno*, no hay más que preguntarlo al torero cuando en el *ring* donde se vé acosado por un vicho de *muchos pies*, al caminante que en un recodo es sorprendido por un hombre de manos

largas, al revolucionario copado por una columna del gobierno, al novio á quien despiertan de sus ilusiones con cuatro garrotazos, al periodista que escapa de la partida de la porra, al contribuyente que huye de una junta de salvación, y á cuantos en circunstancias parecidas no tienen más recurso que *darse á los pies y poner pies en polvorosa*.

Una pregunta parecida podeis hacer á esos hombres obstinados y cabezudos, hombres de hierro, de carácter terco é inflexible, á quien nada apea de su burra cuando toman una determinación; es decir, que *ponen pies en pared*, y casi siempre se salen con la suya. Sin embargo, este sistema, que debió tomarse de los gatos, por buenos resultados que dé, no siempre es aplicable; hay ciertos casos y asuntos delicados en que se debe andar con *pies de plomo*, ó de lo contrario, se expone uno á *no dar pie con bola*.

Quede, pues, en pie que los pies son una gran cosa (sobre todo en los gallegos). Lo dicho hasta aquí es suficiente para dejarlo demostrado. Pero no nos duelen prendas y aun hemos de acudir á otra serie de consideraciones.

¿Se trata de pies célebres, miembros ilustres, que abonen lo rancio de su ilustre prosapia? Ahí están los de Aquiles el invulnerable, tan notables que á ellos refiere siempre Homero el epíteto de su héroe llamándole «*ocus podas*», el ligero de pies; ahí los de Plauto, que debió este nombre, según dicen, á sus pies descomunales; ahí los de Quevedo, á quien la tradición no se figura más que patizambo, diciendo desvergüenzas y haciendo versos con pié forzado; y ahí está, en fin, el caballo de Atila que donde ponía los pies no trotaba la yerba.

Pies famosos son todos ellos y tanto que ha llegado su fama hasta nosotros; pero aun el pueblo concibe otros más grandes y son los *pi-ses*. Y es que el pueblo, en su lenguaje espontáneo y pitoresco, cuando halla una cosa que se sale de los comunes límites, no encuentra otro medio de expresarla que salirse él también de los plurales de la gramática; inventa barbarismos cuando quiere expresar barbaridades.

En ese lenguaje espontáneo y libre, lleno de tropos y de imágenes y hecho sin trabas y sin reglas por el tiempo y la gente, se vé también el gran aprecio que el pueblo hace de los pies. Los cuales tanta influencia según él, ejercen en la vida, que de entrar

con buen ó mal pié depende en muchos casos el resultado de una empresa.

Hay casos en que constituyen una fatalidad y llegan á tener mucha parte en el destino. Por ellos hay hombres que nacen con sino desgraciado:—Por ejemplo, los cojos, porque ¿en dónde ha de entrar un cojo con buen pié? aparte de otra desventaja no pequeña y es que todo el mundo conoce á primera vista el pié de que cojea.

Pies hay que siempre son origen de dolores, como un pié de paliza; y otros que son motivo de alegrías, como el pié de gibado que bañaban nuestros abuelos del siglo XVIII.

Tienen además la propiedad de ocultar la insignificancia de un objeto, como cuando los portugueses dicen hablando de sus tropas: «Un trocentos peus de caballo» y parece que tienen un ejército.

No pocas veces sirven para expresar lo que no puede toda la riqueza del idioma. ¿Queréis pintar con una frase gráfica la ahogada situación en que os tienen una suegra, un primo y dos cuñadas que pesan sobre vuestras costillas? Decid que os comen por un pié y no tenéis necesidad de más explicaciones.

No se concibe mayor extremo de humillación y de desprecio que estar á los piés de los caballos; ni hay negación más rotunda que la que se hace á piés juntillas. Dice Quevedo:

y ella niega á piés juntillas
lo que otorgó á piés abiertos;

simple cuestión de piés, que no demuestra que también por los piés suele el diablo meter la pata.

¿Cuántas veces no hemos querido tocar el cielo con las manos? Sin embargo esto no pasa de un deseo, porque las manos no llegan tan alto. En cambio hay en los piés ojos de pollo capaces de hacer ver las estrellas.

Su importancia femenina se ve palmaria-mente en los saludos.—A los hombres se les dice: «Beso á V. la mano»; á las señoras: «A los piés de V.» Y es porque, teniendo el pié, ya es muy fácil tomarse la mano; y sin duda por esto un viejo verde, que estaba con un pié en la sepultura y aun tenía humor para crotismos, decía:—Póng me V. á los piés de la señora... que yo me subiré.

En suma, tal es la importancia de los piés, que apenas hay oficio, acto ni empresa, de que el pueblo no les crea capaces.—Los piés se dan, (la generosidad es siempre una cualidad buena) se dan piés para versos, se

dan trapiés y hasta puede darse un pié de paliza; los piés se toman, como un *lente-en-pié*; los piés se ponen... *en polvorosa*; los piés se estiran... *mas allá de la sábana*; y por último, los piés también se salen (como los cueros) puesto que hay salidas de pié de banco.

Es decir, que de todo hacen y para todo sirven; cada uno en su círculo, se entiende. Porque los piés, como todo, se dividen en diferentes clases, y así, hay pié atrás y pié adelante, piés de plomo, piés quebrados, piés de V., *pedem literæ* piés forzados, piés de paliza, *pedibus andando* y puntapiés.—Estos, como es de suponer, se guardan para las grandes ocasiones.

Hasta en las cosas de la iglesia desempeñan un papel importante.—Hay derechos de pié de altar.

Son, pues, de tantas clases y tantos los destinos que les dá el pueblo, que apenas se concibe cosa alguna en que los piés no tomen parte. Para todo se necesita un pié, una base, y esto es lo primero que debe procurar el que quiera hacer hincapié en una cosa. Pero hay que advertir que tanto se peca por mucho como por poco y que tan malo es sacar un *ciempiés* como hacer una cosa que no tenga piés ni cabeza.

El lector verá si peca por algunos de esos dos extremos el presente artículo, el cual pudiera haberse sustituido con esta sola consideración.

¿Si no hubiera piés, qué sería de los zapateros!

B.

UNA HOJA DE UN LIBRO.

Oye, encanto de mi vida,
lo que en un libro leí:
si la fé en tu pecho anida,
te hará impresion parecida
á la que produjo en mí.

—
¿Será mentira el amor,
que en nosotros dos hoy late,
de nuestra dicha creador?...
Mas oye ese disparate
que dice ese falso autor.

—
—«Será eterno mi amor.—Así juraba
y amorosas razones me decía,
que el viento presuroso se llevaba
y el eco de mi alma repetía:

era verano cuando así me hablaba;
llegó el otoño... y ¡quien me lo diría!
de sus galas el árbol se despoja
y huyó su amor con la primera hoja.

Al pronto celos y furor y pena
en mi furiosa tempestad imitan;
fórgase el rayo, el huracán resuena...
Mas luego ideas, que el dolor irritan,
pasan y el alma de quietud se llena;
vagos recuerdos nada más se agitan,
cual leves gotas que en el aire deja
la nube hinchada que veloz se aleja.

Qué es el amor entonces? yo pregunto,
y, meditando la respuesta, al cielo
llego á mirar y la respuesta al punto
hallo, rasgando de mi duda el velo;
que una nube dorada, del trasunto
de lo que son las dichas en el suelo,
hecha giroues vá por la ancha esfera
á impulsos de una ráfaga ligera.

Tal hoja así que lei,
mi mano rasga y la arroja:
si llega el libro hasta tí,
haz, castigándolo así,
que no quede ni una hoja.

C. V. S.

NOVELAS DE C. PAUL DE KOCK.

LOS HIJOS DE MARIA.

(Continuacion.)

—Qué hay por el barrio, Tominet? preguntó á su vez el ama.

—Nada, señora, nada interesante. Ya sabéis que la mujer del quinquillero fué el otro día al café en busca de su marido, y allí tuvieron una escena... qué escena! el pobre hombre fué á esconderse debajo de la mesa del billar.

—Sería ya á deshora.

—No, media noche lo más. Dicen que ella creía encontrarse á su marido con otra.

—Pues lindo modo de corregirlo, ir á mover un escándalo en pleno café!... Las mujeres son muy atolondradas. Y la hija del tapicero se casó al fin?

—No, parece que se ha deshecho la boda. La niña es muy tonta; dicen que cuando todo estaba arreglado notó que su novio mascaba tabaco...

—Qué horror! Será un hombre sin educación? ..

—Al contrario, es un elegante á la últi-

ma moda; gran partidario de las ideas nuevas, aunque demasiado progresista. Por lo demás, la hija del tapicero encontrará fácilmente marido en cuanto quiera: tiene dinero y es bonita.

—Bonita! la haceis demasiado favor.

—Un aire tan vulgar...

—Los brazos colorados y unas manos horribles...

—Y una nariz deforme...

—Pues y la boca? cuando habla, se le alargan los labios que parece una rana.

—Y los piés, Dios mio! quien le ha visto los piés?

—Yo.

—Y yo.

—No es verdad que son innobles?

—Yo lo creo; si parecen patas de elefante.

—Ah, señoritas, qué poca indulgencia! cómo la tratais!

—Y por qué decís que es bonita?

—Eso no es ofenderos; todas habeis sido harto favorecidas por la naturaleza para que podais sostener cualquier comparacion.

—Jesús, qué galante!.. Con qué delicadeza ha sabido decirlo!.. murmuraron entre sí las lindas oficiales. Solo Anita guardó silencio; pensaba en su madre y apenas se ocupaba de las galanterias y las gracias de Mr. Tominet.

Otra tarde el jóven se presentó con un pañuelo en la cara y todas las oficiales exclamaron al verle:

—Qué es eso, Mr. Tominet, estais malo?

—Gracias, sois muy amables... En efecto, me encuentro ligeramente indispuesto: estuve ayer en el teatro Francés á ver una tragedia, y me ha hecho tal impresion..

—Representaba Odrí?, preguntó una de las oficiales.

—Odrí! ese actor trabaja en Variedades y yo he tenido el gusto de deciros que estuve en el teatro Francés.

—Ah! dispensad, voy tan poco al teatro que no es extraño lo confunda todo. He oido hablar mucho de Odrí; dicen que es un gran actor y tengo unas ganas de verle! ..

—Pero que olor á vainilla!... sí, no hay duda, es vainilla, porque ya empiezo á sentir las palpitaciones

Y Tominet se dejó caer sobre un taburete y se llevó las manos al corazon como si temiera que se le escapara.

—Quién lleva encima vainilla? preguntó el ama compadecida del estado de su dependiente

—Yo, por mi parte, no; jamás llevo pomadas ni aguas de olor.

—Ni yo; únicamente llevo un poco de grasa de oso en el pelo, y nada más lejos de oler á vainilla.

—Y vos, Alejandrina?

— Solo llevo un tarríto de pomada; como no sea eso?...

— Oh! sí, seguramente, eso es, dijo enseguida Tominet quitándose las manos del corazón y llevándose las á la frente. Ah! señorita Alejandrina, sois una harpia, queréis matarme!...

— Nada de eso; lo traje sin pensar, os lo juro.

— Con vuestro permiso, voy un momento á tomar el aire.

Y Tominet salió echando una mirada furtiva á Anita para ver el interés que le inspiraba su indisposicion, pero Anita permanecía muy tranquila, ocupada solo en su trabajo.

Mientras Mr. Tominet procuraba por todos los medios interesar á Anita, que solo pensaba en hacerse una buena oficiala, Pedro continuaba haciendo torpezas en la casa de comision donde habia sido colocado. Ya algunas veces habian querido ponerlo en la puerta de la calle, pero Pedro iba á buscar á su hermana, que intercedia en su favor. Anita era tan linda, tan interesante, que nadie tenia valor para desairar sus súplicas; el comerciante perdonaba á Perico, gracias á los ruegos de su hermana, pero raro era el mes que esta no tenia que ir á interceder de nuevo.

Pedro comprendia que no habia nacido para comerciante; alguna vez recordaba los pasteles y los bizcochos, pero las más acababa por decir: — Yo no sirvo mas que para soldado; ah! en el servicio de las armas yo haria carrera de seguro.

Anita entonces le respondia: — Quieres ser soldado, Pedro? Sabes la tristeza que esto causaria á nuestra pobre madre?

El hijo de Maria suspiraba y se volvía cabizbajo á sus embalajes y sus marcas.

De este modo se habia ido pasando mas de un año; Mr. de Tominet habia recurrido á todos los medios para agradar á Anita, pero ella no por esto se fijaba mas en el jóven que en las demás personas de la casa.

Como generalmente sucede, la indiferencia de Anita solo servia para aumentar mas y mas la pasion de Mr. Tominet; este acabó por enamorarse como un bruto, hasta el punto de olvidar su miedo á los gatos y su repugnancia á la vainilla.

Las compañeras de Anita se fijaron en las miradas tiernas con que Tominet acababa de continuo á la linda muchacha; pero esta se conducia tan bien, era tan modesta y tan asidua en el trabajo, que no encontraba la murmuracion por donde nincarle el diente. Era tambien difícil atacar su figura, así es que las otras oficialas se limitaban á envidiar en secreto á su afortunada compañera que habia sabido hacer la conquista del seductor dependiente.

Anita, en tanto, ni siquiera se habia apercebido de su triunfo.

Una tarde, sin embargo Tominet logró encontrar sola á Anita en el almacén; el ama estaba por casualidad en el teatro y las oficialas, cansadas de trabajar, se habian retirado temprano.

No era cosa de desperdiciar la ocasion, Tominet se sentó frente á Anita, la miró, gimió y suspiró. Pasado así algun tiempo; ella cogió la luz y se fué á retirar. Entonces él la cogió por el brazo y le dijo con un tono trágico en que procuró lucir todos los encantos de su voz:

— Qué os hecho yo, señorita?

— Vos? Creo que no me habeis hecho nada.

— Oh! no, señorita, algo os habré hecho para que me trateis con tanta crueldad.

— Oh, Dios mio!... Dispensad, caballero, si os he dicho alguna palabra desagradable. . . habrá sido sin querer... De todos modos os pido perdon.

— No, no me habeis dicho nada desagradable, ni agradable tampoco; después de mas de un año que tengo el gusto de veros todos los dias, esta es la primera vez que me hablais; nunca fijais la atencion en mí, ni me mirais, ni os reis si digo alguna tontería; de todo lo cual debo deducir que os soy antipático, señorita.

— Antipático! y por qué?

— Y bien, en ese caso, os podré decir lo que siento por vos?... Yo os amo... no, yo os adoro... no, es mas que adoracion, es idolatria... es más, mucho más... en fin, yo no puedo vivir sin vos, señorita.

Anita retiró su mano, que Tominet estrechaba tan fuertemente, y echó á andar.

(Se continuará.)

LA ALHABEGA.

Aun resuena por nuestra huerta el estruendo de las armas. Algunos pacíficos labradores suelen encontrarse en las verdes márgenes de nuestros caminos las bayonetas que el federal huertano ha arrojado, para no acordarse mas de las batallas y dedicarse con ahinco á las faenas tranquilas de la agricultura.

Hay una lúgubre tristeza en todo lo que nos rodea. Arroyos que exhalan vapores pútridos; charcos con ovas verdes; tallos agostados; matas secas.

El sol nos mata. Quema cuanto la tierra produce, y sus rayos fecundantes llevan hoy en sus chispas de fuego el gérmen de mil enfermedades.

No cantan los jilgueros ni los ruiseñores; atúrdennos la asquerosa rana desde su lecho

de cieno y la cigarra pegada á las cortezas de las moreras.

El aire abrasador del Africa nos acaricia el rostro con alas de fuego; y se complace en quemar con sus lúbricos besos los pocos jazmines que se atreven á abrir su delicada corola.

Parece que alguna ráfaga del simoun ha pasado por nuestra huerta.

El rio apenas se mueve; ó el sol sediento se lo sorbe con avidez y anquila su corriente.

Angustioso es el estio presente para Múrcia.

Los últimos deplorables sucesos han impedido la exportacion de los frutos de la huerta, esperanza halagüeña del pobre, y la escasez de hoy anuncia la desgarradora miseria del invierno. En la huerta se ha perdido casi todo. La seda fué poca; el trigo ha sido malo; las hortalizas, recurso de los mas pobres, no se han podido vender.

Y a mismo tiempo, entre tantas desgracias, las calenturas, ese terrible contagio, que causa en la huerta mas víctimas que el cólera, haciendo terribles estragos.

Es imponente el espectáculo que ofrece una barraca cuyos habitantes están infestados de calenturas. El hombre está enervado, amarillo como la gualda; tan torpes los sentidos que parece un idiota; envuelto en una pobre manta y sentado en la tierra. Sus ojos hundidos no tienen brillo; se despereza como si hiciera un esfuerzo para quitarse de sobre los hombros las invisibles alas de la muerte.

La sed le abrasa; bebe mucha agua, de esa agua mala que produce la losa. Sufre casi diariamente horas de angustioso martirio, cuando el frio de la calentura con sus horribles sacudidas le penetra los huesos. El hombre se ve cogido por una fuerza ciega, que le golpea, que le magalla, que le abrasa la sangre, que le muere las entrañas. La calentura va precedida de un demonio, que es el frio; prepara el cuerpo del hombre y la calentura se posesiona de él como de un palacio. Entre la calentura y el cuerpo hay una lucha violenta; parece una furia que se ha precipitado sobre un ángel y le goza. El alma está envenenada en ese instante y delira en otro mundo. El cuerpo está entregado á la voluptuosidad del ángel malo. De tal cópula solo nace un sudor frio que mata. La calentura no tiene respetos humanos: se ensaña en las rosadas mejillas de las jóvenes y de los niños: pone lacio y terroso e cabello mas brillante; apaga los ojos mas ardientes; hace lividecer los labios mas frescos; chupa la sangre mas pura: se alimenta de vida y alegría; es la envidia transformada en enfermedad.

Tal es el mal que se enseñorea en nuestra huerta.

Por eso yo que otras veces me he deleitado al son de la guitarra con que el garrido huertano acompañaba sus amorosos cantares; que he descrito sus bailes en la Fuente-santa, sus romerías á Verdolay, y casi todas sus horas de alegría; escribo hoy sobre la alhábega, esa humilde planta que no aspira mas que á exhalar su aroma desde el talle cenil de la huertana.

Es la alhábega la planta mas triste de nuestros jardines.

Su modestia la retiene oscurecida entre las dalias y la yerba buena.

Nace en cualquier terreno y se acomoda lo mismo al pié del cardo espinoso que al lado de la violeta.

Si las plantas pueden tener orgullo, lo deben tener de sus flores. Nadie hace caso de las flores de la alhábega; y muchos ni siquiera saben que las tiene. Y son unas flores pequeñas, pero muy bonitas. Las flores de la alhábega parecen pecas de rubia, tienen ese blanco mate.

En la significacion culta que se ha dado á las flores, dicen que la albahaca significa desprecio; no significa eso en nuestra huerta y sus pueblos. Es para ellos la flor que lo dice todo. Campea en el trenzado moño de la doncella, en su talle, en su mano, y á veces, hasta en su boca: es adorno, en los dias de fiesta, de la tradicional moñer del enamorado huertano; es ofrenda en el altar de la Virgen, y adorna el ataúd de los niños y los acompaña en la sepultura.

Hay un cantar sabrosísimo, que hace decir al enamorado:

*«Alhábega en tu pecho
quiera sembrar...»*

y como en la huerta son tan conocedores de tierras y terrenos, puede calcularse el aprecio que harán de la *alhábega* cuando la quiere el mozo sembrar nada menos que en el pecho de su amada.

Hay no hay mas que alhábegas. Domina en la huerta y en la ciudad; y es el único consuelo que no nos queda.

Dá su aroma al calenturiento y á la pobre muchacha que solo come melon y algunas veces pan; reanima el pecho fatigado de esos pobres á quienes las discordias políticas obligan á estar escondidos en la huerta ó á buscar segura huida por sus senderos cubiertos de arboles; y tal vez alguna madre haya esparcido sus tallos en algun miserable cementerio.

La alhábega es triste como el ciprés para el que llora y alegre como las rosas para el que rie.

Tambien se halla al pié de una cruz como en unos labios de rosa.

¡Oh, la alhábega es la flor del dia!

El año pasado, en la época de la feria de

Cartagena. unos jóvenes murcianos pasaban á la hora calorosa de la siesta por una calle no muy céntrica de dicha ciudad. Como no se dirigian á ninguna parte, iban examinándolo todo, y se detuvieron al pié de una ventana no muy alta, en la cual medio cubierta con una cortina y entre dos tiestos de alhábega vieron los ojos mas azules y el rostro mas agraciado que habian admirado en Cartagena. No era formalmente una mujer; era una niña que empezaba á serlo. Tenia un tallito de alhábega en su boca y uno de los murcianos se lo pidió diciéndole:

— Niña preciosa, si fuera V capaz de darme ese talito de alhábega que tiene entre sus dulces labios, lo guardaria yo sobre mi corazón y el año que viene vendria á la feria solamente para que viera V. que lo conservaba todavia en mi poder.

La niña lo arrojó diciéndole entre avergonzada y aturdida:

— No será V. hambre ..

Allí empezó un amor que aun dura. Nuestro joven queria adelantar el tiempo para ir á la feria de Cartagena y presentar el ramito de alhábega á la niña de los ojos azules.

Y cuando el tiempo anheloso llegó, la pobre niña está sitiada y no puede ver el tallo seco de alhábega.

¡Con que ira mirará la pobre niña á los malsines de Mendigorria!

J. M. T.

TRADUCCION.

Una voz acatando soberana,
partir aun antes que amanezca el dia,
luchando con el sueño, sin un guia,
sin saber el camino á donde vá!

Emplear vanamente la mañana
persiguiendo coquetas mariposas,
equivocar sus sendas tortuosas,
aquí cayendo y tropezando allá!..

Ver cual empaña nube cenicienta
allá en la tarde el azulado raso,
y fatigado hollar con débil paso
movible arena que ensangrienta el pié!..

Los rigores subir de la tormenta,
y á la luz del relámpago brillante,
ver el ausiado término distante,
perdiendo ya las fuerzas con la fé!..

Mendigar abatido y anheloso,
puesto ya el sol, hospitalario techo,
y sobre el duro miserable lecho
el reposo buscar con ansiedad!..

¿Y á este viaje rápido y penoso
en que sucumbe el ánimo mas fuerte

llámase nacimiento, vida y muerte!..
¡Dios lo quiere! ¡Hágase su voluntad!..

R. Gil.

Creemos que los carambolistas murcianos han de leer con gusto la siguiente relacion que publica un periódico de la ex-corte con referencia á otro de Nueva York.

A principios del mes pasado se celebró en Nueva York un gran torneo de billar entre los jugadores de mas fama que se disputaban el título de *Campeon del mundo*. El juego fué á carambola francesa y se terminó después de siete dias de liza cotidiana. La concurrencia que en un principio era escasa fué aumentando cada dia, tanto que en el último era casi imposible penetrar en el salon poco antes de comenzar el juego.

Han tomado parte en el certámen los célebres jugadores Garnier, Cirilo Dion, su hermano José Daly, Ubassy y Deery.

Después de jugar cada uno con los cinco restantes, resultó un empate entre Garnier, Daly y Cirilo Dion, pues de las cinco partidas que cada uno jugó, los tres referidos ganaron cuatro y perdieron una respectivamente. Ubassy ganó dos y perdió tres; José Dion ganó una y perdió cuatro y Deery perdió las cinco. El empate hubo de resolverse con un triple certámen entre Garnier, Cirilo Dion y Mauricio Daly y esto es lo que se hizo el último dia por la tarde y por la noche, resultando vencedor del torneo y declarado *Campeon del mundo* el joven francés. Alberto Garnier, que ganó á Daly y á Cirilo Dion. A este le tocó el accésit.

El entusiasmo que produjo en el público la victoria de Garnier es indescriptible. Todos aplaudian y vociferaban, todos querian darle un apretón de manos y á fin lo cogieron unos cuantos y en hombros lo llevaron triunfalmente á su casa. Garnier, además del título de *Campeon del mundo*, ganó una magnífica pechera, una bonita suma de dinero y un guardapelo de brillantes, dados como premios por varios aficionados.

Garnier ha hecho tres extraordinarias jugadas de 113, 109 y 99 carambolas seguidas durante el curso de las justas, y ha ejecutado suertes dificilísimas que le han valido nutridos aplausos. Tanto Cirilo Dion como Ubassy, tambien franceses amigos intimos de Garnier, han retado á este para disputarle en buena ley el título de *Campeon del mundo*.

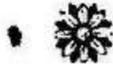
Los norte-americanos confesaron su derrota.



Yace aquí Jorge Alegria;
esperando el día del juicio
para tenerlo algún día.

—
Pues no dicen, Ascension,
que te tiñes el cabello?
Habrá embuste? De la tienda
te lo compras tú ya negro.

—
Aquí reposa Fresneda:
se murió de un atracon
y aun llora por lo que queda.



Como algunos otros periódicos locales he-
mos recibido el siguiente oficio de la Junta
de salvacion del canton murciano:

Junta revolucionaria del canton de Murcia.
—Sírvasse V. remitir á esta junta dos núme-
ros del periódico que tan acertadamente
dirige cada día que se publique
Salud y federacion.

Múrcia 2 de agosto de 1873.— Ciudadano
Director de EL CHOCOLATE.»

Eseusamos decir que nos hemos apresu-
rado á cumplimentar el encargo de la
Junta.



Este calor insufrible
y este sol impermeable,
este sudor increíble
y flojedad despreciable,
as, lector, aborrecible
y al invierno hace adorable.



Morir por la pátria, es dulce morir.
Esto cantaban, á pleno pulmon, unos
entusiastas patriotas en medio de la calle.
Acercóseles un transeunte y les dijo:
—¿Y cómo no han muerto Vds. por ella
siendo una cosa tan dulce?

El que parecia mas entusiasmado con-
testó:

—Es que no somos golosos.



Cuentan que Mr. de Roquelaure decia un
día delante de la reina que solo le gustaban
tres mujeres — Quiénes son? le preguntó la
reina — La primera vos, la segunda mi mu-
jer, y la tercera... no sé, porque todas las
que veo se me figuran que son la tercera.

Estamos con Mr. de Roquelaure.

PASATIEMPOS.

Enigmas.

1.º

Carne en mi boca teniendo,
mientras estoy trabajando
los ojos me está picando
el dueño á quien yo defiendo.

2.º

Es mi persona apreciada,
coronada mi cabeza,
tengo espuela empavonada;
mi sueño temprano empieza
y madrugo á la alborada.



Fuga de consonantes.

e. o. e. o. e. .e. .i. e.
ue .e. o. i. e. i. o. o. a. é.
.o. .o. e. o. e. .o. .a. e.
.o. ue. ue. a. u. .ue. .ue. e.



Charada.

Si *tercera cuarta y quinta*
se hiciera de *prima y dos*,
cuando un reloj fuera grande
mucho costara el reloj.
Con mi *cuarta* y con mi *quinta*
suele lucirse el tenor.
Y el todo, lector amigo,
cien veces lo he visto yo
en el campo y á la espalda
tal vez de algun cazador.



Fuga de vocales.

¿F. st. t. l. q. m. t. st.
. s. n. nt. n. . n. l. p. z.
y .ll. l. h. rt. st. d. .g.
p. r. q. . t. s. l. r. n. v. ?



Soluciones á los pasatiempos del núm. 23.

A la charada. — Paloma.

Al enigma — La mano.

Al salto del caballo

Mi marido aunque chiquito
al mayor de otra mujer
le lleva del pelo arriba
dos dedos puestos en pies.
No dice esta boca es mía
sino al tiempo de comer
sin saber de donde viene
todo lo sabe muy bien.